

## **LOS ESCOLLOS DE LA EVOLUCIÓN MENTAL.**

Tenemos la posibilidad de representarnos mentalmente la historia política y social del hombre como un alocado y alternativo zigzag entre progreso y desastre, en cambio nos representamos la historia de la ciencia como un firme proceso acumulativo, expresado por una curva constantemente ascendente, en que cada época añade algún nuevo elemento de conocimiento al legado del pasado, haciendo que el templo de la ciencia crezca ladrillo tras ladrillo a alturas cada vez mayores. O pensamos en ella en términos de un crecimiento “orgánico”, a partir de una infancia conducida por la magia y seguidora de los mitos de la civilización, y pasando por los distintos estadios de la adolescencia, hasta una imparcial y racional madurez.

Hemos visto que, en realidad, este progreso no ha sido ni “continuo” ni “orgánico”. La filosofía de la naturaleza evolucionó por medio de saltos y avances ocasionales alternados con persecuciones ilusorias, callejones sin salida, regresiones, períodos de ceguera y amnesia. Los grandes descubrimientos que determinaron su curso fueron a veces los inesperados resultados de una persecución de metas completamente distintas. En otras épocas, el proceso del descubrimiento consistió simplemente en limpiar los escombros que obstaculizaban el camino, o en disponer en otro orden los elementos de conocimiento ya existentes. El loco reloj de los epiciclos continuó funcionando durante dos mil años; y en Europa se sabía menos geometría en el siglo XV que en tiempos de Arquímedes.

Si el progreso hubiera sido constante y orgánico, todo lo que sabemos, por ejemplo, acerca de la teoría de los números, o de la geometría analítica, se hubiese debido descubrir pocas generaciones después de Euclides. Porque este desarrollo no depende de los avances de la técnica o de la domesticación de la naturaleza: el cuerpo en sí de las matemáticas está potencialmente en los diez mil millones de neuronas del computador que el hombre tiene dentro del cráneo. Y se supone que el cerebro ha permanecido anatómicamente estable durante algo así como cien mil años. El progreso a saltos y sobre todo irracional del conocimiento se halla relacionado con que la evolución ha dotado al *homo sapiens* de un órgano que ha sido incapaz de utilizar correctamente. Los neurólogos han estimado que incluso en nuestro estadio actual utilizamos sólo un 2 o un 3% de las posibilidades de sus “circuitos” integrados. La historia de los descubrimientos es, desde este punto de vista, una historia de incursiones al azar en los inexplorados territorios de las circunvoluciones del cerebro humano.

Se trata, realmente, de una curiosa paradoja. Los sentidos y órganos de todas las especies evolucionan (por mutación y selección, conjeturamos) de acuerdo con las necesidades de adaptación, las cuales determinan, en general, las novedades de la estructura anatómica. La naturaleza subviene las necesidades de los individuos proporcionando cuellos más largos para alcanzar las hojas superiores de los árboles, cascos y dientes más duros para enfrentarse con la hierba dura y con las secas estepas, o reduciendo el cerebro olfativo y ampliando la corteza visual de los pájaros, animales arborícolas y bípedos a medida que alzan lentamente sus cabezas por encima del suelo. Pero es algo sin precedentes que la naturaleza dote a una especie con un órgano de lujo en extremo complejo, que rebasa muchísimo sus necesidades actuales e inmediatas, órgano que la especie necesitará milenios para aprender a utilizar correctamente, si lo consigue alguna vez. Se supone que la evolución actúa en las necesidades de adaptación; en este caso, los bienes entregados se anticipan a la demanda en un tiempo de magnitud geológica. Los hábitos y posibilidades de aprendizaje de todas las especies se hallan fijados dentro de los estrechos límites que permite la estructura de su sistema nervioso y órganos; los del *homo sapiens* parecen ilimitados precisamente debido a que los viables usos de esa novedad evolutiva en su cráneo son por completo desproporcionados a las exigencias de su entorno natural.

Puesto que la genética evolutiva es incapaz de explicar el que una raza más o menos estable desde el punto de vista biológico deba evolucionar mentalmente del cavernícola al hombre del espacio, sólo podemos llegar a la conclusión de que el término “evolución mental” es algo más que una metáfora, y que se refiere a un proceso en que algunos elementos actúan de una manera que aún no hemos conseguido dilucidar. Todo cuanto sabemos es que no se puede comprender la evolución mental ni como un proceso acumulativo o lineal, ni como un caso de “crecimiento orgánico” comparable a la maduración del individuo, y que quizá sea mejor considerarlo a la luz de la evolución biológica, de la que es una continuación. Parece más apropiado estudiar la historia del pensamiento en términos tomados de la biología (aunque sólo den de sí analogías) que en términos de una progresión aritmética. El “progreso intelectual” posee asociaciones lineales: una curva continua, un nivel del agua que asciende firmemente; mientras que es hartamente sabido que la “evolución” es un proceso antieconómico caracterizado por repentinas mutaciones debidas a causas desconocidas, por el lento diezmar de la selección y por los callejones sin salida de la extrema especialización y la rígida inadaptabilidad. El “progreso”, por definición, nunca puede equivocarse; la evolución lo hace constantemente; y también lo hace la evolución de las ideas, incluidas las de las “ciencias exactas”. Las nuevas ideas aparecen espontáneamente como mutaciones; la inmensa mayoría de ellas son disparatadas teorías inútiles, el equivalente a los fenómenos biológicos sin ningún valor para la supervivencia. Hay un forcejeo constante para la supervivencia entre teorías competitivas en cada rama de la historia del pensamiento. El proceso de la “selección natural” tiene también su equivalente en la evolución mental: entre la multitud de nuevos conceptos que emergen, sólo sobreviven los bien adaptados al *milieu* intelectual del período. Un nuevo concepto teórico vivirá o morirá según pueda llegar a un acuerdo con su entorno; su valor de supervivencia depende de su capacidad de ofrecer resultados. Cuando llamamos a las ideas “fecundas” o “estériles” nos guiamos, sin damos cuenta, por la analogía biológica. El debate entre los sistemas tolemaico, ticomónico y copernicano, o entre los enfoques cartesiano y newtoniano de la gravedad, se decidió según esos criterios. Más aún, hallamos en la historia de las ideas mutaciones que no parecen encajar con ninguna necesidad obvia, y a primera vista parecen meros caprichos, como la obra de Apolonio sobre las secciones cónicas, o las geometrías no euclidianas, cuyo valor práctico no resultó evidente hasta más adelante. Inversamente, hay órganos que han perdido su finalidad y, sin embargo, continúan estando presentes como un legado evolutivo: la ciencia moderna está llena de apéndices y rudimentarias colas prensiles.

En la evolución biológica se producen períodos de crisis y transición donde hay un rápido, casi explosivo brotar de ramas en todas direcciones, que a menudo ocasionan un cambio radical de la tendencia dominante del desarrollo. Lo mismo parece haber ocurrido en la evolución del pensamiento en períodos críticos, como el siglo VI a. C. o el XVII d. C. Tras esos estadios de “radiaciones de adaptación” en que la especie es plástica y maleable, suelen seguir períodos de estabilización y especialización a lo largo de las nuevas líneas, que a menudo conducen de nuevo a callejones sin salida de rígida y extrema especialización. Cuando miramos hacia atrás, a la grotesca decadencia del escolasticismo aristotélico o a la intermitente obcecación de la astronomía tolemaica, nos sentimos inclinados a recordar el destino de los marsupiales “ortodoxos”, como el koala, que cambiaron de trepar a los árboles por sujetarse a ellos. Sus manos y pies se convirtieron en garfios, sus dedos ya no les servían para pelar las frutas y explorar objetos sino que degeneraron en curvadas garras, cuya única finalidad era sujetar al animal a la corteza del árbol, de la que colgaba como para salvar su vida.

Citando una última analogía, encontramos en la evolución “uniones desgraciadas” que nos recuerdan algunas de las *mésalliances* ideológicas.

El cordón nervioso central de los invertebrados, como la langosta, discurre por debajo de su canal alimentario, mientras que la porción principal de su rudimentario cerebro está situada encima de él, en la parte anterior de su cabeza. En otras palabras, el esófago de la langosta, desde la boca hasta el estómago, tiene que cruzar la parte media de sus ganglios cerebrales. Si su cerebro tuviese que expandirse —y tendría que hacerlo si la langosta quisiera tener más inteligencia—, su esófago quedaría estrangulado y el animal se moriría de hambre. En las arañas y escorpiones ocurre realmente algo de esto: su masa cerebral ha

comprimido de tal modo sus conductos alimentarios que por ellos sólo puede pasar comida líquida: han tenido que convertirse en chupadores de sangre. *Mutatis mutandis*, algo parecido ocurrió cuando la fortaleza del neoplatonismo impidió al hombre absorber ningún alimento empírico sólido para su pensamiento, y le obligó a alimentarse durante toda la Edad Media de una dieta líquida sobrenatural. ¿Y acaso la fortaleza del materialismo mecanicista en el siglo XIX no produjo el efecto contrario, la desafortada hambre espiritual? En el primer caso, la religión entró en *mésalliance* con una ideología que rechazaba la naturaleza; en el segundo, la ciencia se convirtió en la aliada de una árida filosofía. Del mismo modo, la fortaleza del dogma del movimiento uniforme en círculos perfectos convirtió el sistema copernicano en una especie de ideología de crustáceo. Las analogías pueden parecer extremas, y lo son, pero todas sirven para demostrar que tales uniones desparejas, condenadas al fracaso por su misma naturaleza, ocurrieron tanto en los reinos de la evolución biológica como en los de la mental.

## Separaciones y reconstituciones.

El proceso de la evolución puede describirse como una diferenciación de la estructura e integración de las funciones. Cuanto más diferenciadas y especializadas sean las partes, más se requiere una coordinación elaborada para conseguir un conjunto equilibrado. El criterio definitivo del valor de un conjunto funcional es el grado de su armonía interna o integración, tanto si el “conjunto funcional” es una especie biológica o una civilización o un individuo. Un conjunto se define por el esquema de las relaciones entre sus partes, no por la suma de esas partes; y una civilización no se caracteriza por la suma de su ciencia, técnica, arte y organización social, sino por el esquema conjunto que forman todas ellas, y el grado de integración armoniosa de ese conjunto. Un físico ha dicho recientemente “que “el organismo en conjunto es tan esencial para la explicación de sus elementos como lo son sus elementos para una explicación del organismo”. Esto es tan cierto cuando hablamos de la glándula suprarrenal como cuando tratamos de los elementos de una cultura, ya sea el arte bizantino, la cosmología medieval o la ética “utilitaria”.

Inversamente, la situación de enfermedad de un organismo, una sociedad o una cultura se caracteriza por el debilitamiento de los controles de integración y por la tendencia de sus partes a comportarse de manera independiente y agresiva, ignorando el interés superior del conjunto o intentando imponerle sus propias leyes. Tales estados de desequilibrio pueden causarlos la debilitación de los poderes de coordinación del conjunto más allá de un límite crítico, por senectud, etcétera, o por una estimulación excesiva de un órgano o parte, o por su aislamiento del centro integrador. El aislamiento del órgano del control central conduce, según las circunstancias, a su hiperactividad o a su degeneración. En el reino de la mente, la “escisión»” de pensamientos y emociones, de algún aspecto de la personalidad, conduce a resultados similares. El término esquizofrenia deriva directamente de este proceso de escisión; los complejos “reprimidos” y “autónomos” apuntan en la misma dirección. En las neurosis obsesivas, en las “ideas fijas” y los “esquemas fijos de comportamiento”, vemos cómo partes de la personalidad se disocian por sí mismas del conjunto.

En una sociedad o cultura, el grado de integración entre sus partes, o campos de estudio, es igualmente decisivo. Pero aquí, el diagnóstico de los síntomas desintegradores resulta enormemente más difícil y siempre controvertido, debido a que no existe un criterio de normalidad. Creo, sin embargo, que la historia destacada en este libro se reconocerá como una historia de la escisión, y consecuente desarrollo aislado, de varias ramas del saber y del conocimiento —geometría celeste, física terrestre, teología platónica y escolástica—, conducente cada una de ellas a ortodoxias rígidas, especializaciones unilaterales, obsesiones colectivas, cuya incompatibilidad mutua queda reflejada en los síntomas del doble pensamiento y la “esquizofrenia controlada”. Pero es también una historia de inesperadas reconciliaciones y nuevas síntesis emergiendo de lo que parecían fragmentaciones definitivas. ¿Podemos colegir algunos indicios positivos de las condiciones en que se produjeron esas aparentes remisiones espontáneas?

**Arthur Koestler.**

Arthur Koestler (1905-1983) fue un escritor, periodista y pensador húngaro-británico, conocido por su enfoque interdisciplinario y su habilidad para combinar ciencia, filosofía, política y literatura en su obra. Nacido en Budapest, Koestler se involucró en movimientos políticos durante su juventud, uniéndose inicialmente al Partido Comunista, del cual más tarde se desilusionó, hecho que marcó profundamente su obra. Koestler también exploró temas científicos y filosóficos. Su concepto de “bisociación”, introducido en “The Act of Creation” (1964), propone que la creatividad surge de la intersección de dos marcos de referencia aparentemente inconexos, generando nuevas ideas y conceptos. En “The Ghost in the Machine” (1967), criticó la visión mecanicista del ser humano, sugiriendo que la mente y el cuerpo están inextricablemente ligados, y que la reducción del comportamiento humano a simples mecanismos biológicos es insuficiente.

A lo largo de su vida, Koestler fue un defensor de la racionalidad, pero también reconoció la importancia de la intuición y el misticismo, un equilibrio que exploró en su obra tardía. Fue un escritor prolífico, abordando temas que van desde la política y la ciencia hasta la religión y la epistemología, siempre con un enfoque crítico y un estilo literario claro y persuasivo. Koestler es recordado como un intelectual complejo y controversial, cuya obra desafía las convenciones y explora los dilemas fundamentales de la condición humana. Su legado sigue siendo relevante en debates sobre la naturaleza del conocimiento, la creatividad, y las implicaciones morales de la ciencia y la política.

*Volver a Artículos Clínicos*  
*Volver a Newsletter 27-ex-81*